

LA CASTIDAD COMO CONSAGRACIÓN TOTAL AL SERVICIO

El autor reflexiona sobre el significado de la castidad dentro de la perspectiva de la espiritualidad neotestamentaria, basada en la libertad y el servicio. Se pregunta cómo vivía Jesús su castidad como decidida entrega de todo su ser al Reino de Dios, pero sin merma alguna de su humanidad. Cunden concepciones erradas sobre el voto religioso de castidad. El autor las critica y aboga por una atmósfera nueva y una comunidad eclesial imbuida del espíritu de las bienaventuranzas en la que la castidad tenga su razón de ser en el servicio.

Chastity as Total Consecration to service, Vidyajyoti 58 (1994) 545-558

Al final de los años sesenta, cuando advertí que la renovación conciliar perdía fuerza, inicié la publicación de una serie de artículos, medio críticos y medio irónicos, en los que intentaba esbozar los paradigmas indispensables para entender el clima tenso que se respiraba en la Iglesia. A diferencia de la reforma, la renovación constituye un largo proceso que tarda en dar sus frutos. Por esto los frutos de la renovación conciliar no eran, para muchos católicos, tan evidentes como sus costes. Y, como los discípulos de Jesús, esos católicos se encontraron atrapados por la tempestad. Mis artículos pretendían ayudarles a llegar a buen puerto.

La castidad -celibato y castidad conyugal- se convirtió por aquel entonces en tema de confusión y polémica. Sacerdotes y religiosos abandonaron el ministerio por razón del celibato. También el matrimonio cristiano experimentó su crisis por razón, sobre todo, del control de la natalidad. La atmósfera eclesial estaba cargada de problemas sexuales. Y por esto me decidí a explicar la situación al creyente medio. Así, escribí un artículo en el que exponía mi propia lectura de la situación y le puse por título: "Sobre el desecho de lirios marchitos está cultivando la Iglesia rosas".

De lirios a rosas

El lirio asiático es de una belleza sin tacha. Nunca queda mancillado por el fango en el que crece. Pálido en su sepulcral blancura, mantiene un angelical retraimiento de los humanos y desprende un aroma de indiferencia hacia todo su entorno. En cambio, la rosa florece entre espinas. Une en un abrazo los pétalos color carne, cálidamente humanos en su frágil hermosura, y exhala una perdurable fragancia aun cuando emite su último mortal suspiro.

"¡Los lirios se convertirán en rosas! ". Un hostigamiento de la carne que se centre en sí mismo debería ceder el sitio a una disciplina de sí mismo orientada al servicio. Fue mi mensaje en aquel artículo, inspirado en el testimonio de mujeres y hombres cristianos - casados y célibes- que acrisolan su castidad en el horno del amor. ¿Esperanza o alarde de profecía? El sueño de una Iglesia, jardín de rosas.

Castidad a la fuerza y castidad por opción

El famoso iconoclasta indio Ramaswamy Periyar, célebre reformador político de este siglo, fue un gran soñador. Cuestionó audazmente el valor de la castidad de la esposa tal como se prescribe en el hinduismo basándose en la epopeya Ramayana y en otras narraciones populares. Para él no merecía el nombre de castidad la que imponía a la fuerza sobre las mujeres una sociedad brahmánica patriarcal, y abogó por una castidad "libremente escogida" por la mujer. Distinción ésta también útil para los que estamos soportando una carga que no hemos escogido libremente. La misma distinción se puede hacer también con la pobreza, tomando el Reino de Dios como único criterio válido de discernimiento. Si la pobreza se abraza en vistas al Reino de Dios, alcanza la libertad evangélica propuesta por Jesús. Si está impuesta a los más por la avaricia de unos pocos despilfarradores, es absoluta esclavitud y es un pecado estructural.

Esta distinción se puede aplicar a todas las cargas que sobrellevamos los seres humanos, incluida la honestidad, en lo ritual, lo legal y lo sexual. ¿Es una forma de esclavitud que profana el templo de Dios que somos? ¿O es un "servicio" realizado con libertad de espíritu, que frisa en auténtica adoración? El juego de palabras -"adoración", "servicio voluntario" y "trabajo forzado"-, expresado en hebreo por la misma raíz *abd* resulta crucial para entender el nexo que hay entre el ministerio del servicio en vistas al Reino de Dios y la castidad requerida por la espiritualidad de las bienaventuranzas. Esta es la tesis que voy a desarrollar a continuación.

Buscando un marco bíblico

Tiendo a ver la espiritualidad bíblica como una doble lucha. La primera es la lucha por eliminar cualquier tipo de esclavitud impuesta a unos seres humanos por otros. Tal esclavitud es fruto de la idolatría. Todos los dioses fuera de Yahvé crean sociedades esclavas. Egipto, Babilonia, Asiria, Grecia y Roma, y aun Israel desde Salomón (como también la Iglesia desde Constantino) han sido culpables de pecado estructural. La segunda es la lucha por abrazar el verdadero culto a Yahvé, que coincide con la exigencia de ser "amorosamente esclavo" uno del otro, especialmente de los más débiles. El "servicio voluntario" es un modo seguro de justicia, así como el "trabajo forzado" es la entronización de la injusticia.

Wielenga ha mostrado cómo los diversos matices del verbo hebreo *abd* (trabajar, servir, esclavo, adoración) ayudan a descubrir el eje narrativo de la Biblia. Yahvé invita a todos los esclavos (*abd*) a dejar su "casa de esclavitud" (*abd*) para poder adorar libremente (*abd*) a su hacedor y redentor dentro de un programa de alianza que consiste en trabajar (*abd*) sobre la creación de Dios y hacerse voluntariamente esclavos, es decir, servir amorosamente (*abd*) a los propios compañeros, especialmente a los impotentes que son esclavos (*abd*) y que claman a Yahvé por su libertad.

En resumen: amar a Dios en el otro es servir a Dios en el otro y servir a Dios en el otro es adorar a Dios. "Amar y servir" -el eslogan ignaciano de la espiritualidad cristiana- lo dice todo.

En Jesús, Dios lo ejemplifica tomando la "forma de esclavo" y aceptando la "muerte, incluso de cruz" -una forma de ejecución reservada a los esclavos criminales-, pero no

sin antes lavar los pies de sus discípulos a la manera de un esclavo y ordenar que hiciesen lo mismo, de modo que la comida de acción de gracias recordara siempre que es Yahvé, el "Dios de los esclavos" quien nos ha liberado por Jesús, el "Siervo de Yahvé".

El divino esclavo que nos purifica

Con este trasfondo bíblico, uno está preparado para acoger el mensaje del NT: libre y gozosamente toma sobre sí Jesús el peso de la impureza, que nos humilla, de modo que podamos dejar de ser esclavos de la pureza convencional. Advirtamos, por Ej., cómo el peso de la impureza impuesta a la fuerza se le quitó al leproso cuando Jesús tocó al intocable (Mt 8,3). Se hizo impuro en el acto de purificar al leproso. "¿Quién me ha tocado?"; "Alguien me ha tocado", reiteró Jesús, llamando así la atención de todos hacia el hecho de que alguien no tocaba simplemente sus vestidos. Parecía provocar a los puros de Israel: yo soy ahora uno de esos que encontráis repulsivos.

La pureza de Jesús consistía en hacerse impuro en solidaridad con los que eran despreciados como especies infrahumanas contaminantes y contaminadas. Veamos ahora cómo se le acerca la prostituta. Cruza el Rubicón del decoro y toca su cuerpo ("ella había amado mucho"), lo baña con sus lágrimas y lo seca con sus cabellos, lo besa y lo unge con perfume (Lc 7, 37-38). "¿Cómo puede este hombre ser un profeta?". Albergaban dudas acerca de su castidad. No obstante, continuó comiendo con los impuros, sabiendo que esto lo deshonoraba a los ojos de todos. Incluso se atrevió a enseñar que el Reino de Dios era como una fiesta ofrecida a todos pero disfrutada sólo por los rechazados de la sociedad que tienen el tiempo y la voluntad de asistir (Lc 14, 15-24).

Jesús trató a los mojigatos legales como guías de esclavos que cargaban a otros un peso que ellos mismos no querían llevar. Trazaban la línea entre pureza e impureza y mantenían las reglas de la segregación. Jesús, en cambio, les advirtió que su lado de la línea fronteriza no era como Dios la quería en su casa y que las ramera tenían mejores perspectivas de estar con Dios (Mt 21,31).

En su parábola del hombre agredido y despojado en el camino de Jericó, se muestra que los observantes de la ley de la pureza son unos cobardes que temen la contaminación de la sangre de la víctima y evitan ver y tocar al abatido que necesita desesperadamente amor y cuidado. Por contraste, el impuro marginado de Samaria, que tiene la gran fortuna de no estar ligado por ninguna ley o voto de pureza, parece dotado de una envidiable libertad de amar. "Ve y haz lo mismo". En el Evangelio la pobreza es libertad para amar y servir.

La castidad en el marco de la misión única

En esa parábola ha elaborado Jesús con gran firmeza un tratado sobre la esclavitud de los puros y la libertad que disfrutaban los impuros. Esta regla general la hemos de aplicar ahora a la castidad, que suele definirse como la pureza requerida en el dominio de las relaciones afectivas y sexuales, pero que debe considerarse también como un modo de servicio del amor más que en términos negativos de pureza e impureza.

Viene al caso el drama escenificado en el cuarto Evangelio (Jn 4,4-41). Se levanta el telón. Una mujer "licenciosa" de un grupo social presuntamente impuro se halla en íntima conversación con Jesús junto a un pozo. Según la tradición judía, esas escenas junto a un pozo solían acabar en boda (véase Gn 24). Y de hecho aquí concluye con una alusión a la situación matrimonial de la mujer. La separación de Samaria del culto a Yahvé sirve de trasfondo a la escena. Aquí el sutil juego de palabras con el término *baal* (marido, señor) se pierde en el texto griego en que Jesús es llamado *Kyrie* (Señor) mientras que al marido se le llama *aner*. El juego de palabras hebreo/araméo ayuda al autor a hacer ver que la samaritana, que había servido a varios sucesivos esposos, es capaz de volver a su primer amor. El autor hace también una alusión a la extrañeza con que los apóstoles reaccionan ante el diálogo (Jn 4, 27). Pues gira en torno a Jesús, el verdadero amante. Es él quien ofrece el agua viva. Su comida es realizar esta tarea, su única misión. Este *único objetivo* es su castidad, muy lejos de la castidad que los apóstoles pudieron haber imaginado cuando vieron lo que ocurría junto al pozo.

Autenticidad

La reflexión sobre los hechos y las palabras de Jesús que acabamos de mencionar obliga a revisar la comprensión y práctica de la castidad. ¿Quién ha definido mi castidad? ¿Estoy obligado a sobrellevar la carga de alguien más? ¿O hay un tipo evangélico de castidad que me exigiría incurrir en el estigma convencional de impureza para producir la pureza de corazón de que hablan las bienaventuranzas? ¿No he de admirar a estos hombres y mujeres que fueron lo bastante honestos como para hacer esta opción, de modo que podamos hablar hoy acerca de un modelo alternativo de castidad con una franqueza que ellos solos han introducido en el ámbito de la Iglesia?

Y de modo más positivo: ¿Puede ser Jesús mi único guía, y no la tradición ascética que ha dado origen a un voto separado de castidad? ¿No pertenece la castidad de Jesús a un orden no parangonable con los modelos-estándar biológicos, emocionales, ascéticos, legales o rituales que hemos inventado para medir el grado de adulteración carnal que nuestras almas pueden experimentar en un momento dado? ¿No se derivó el orden de valores de Jesús exclusivamente de su única misión, de su campaña antiesclavista que definió en su manifiesto de Nazaret con palabras de Isaías: la *misión de liberar a los cautivos*?

¿No debo adaptar continuamente mi compromiso bautismal a esta misma misión de Cristo? El día en que fui bautizado prometí por boca de mi padrino no llevar ningún otro peso que mi responsabilidad de trabajar por esta misión, renunciando a cualquier dolor o placer como carga inútil, si resulta un obstáculo para este fin. Este es el "principio y fundamento" de la libertad cristiana. Orientar todo mi ser a este único objetivo -la total consagración a este servicio- es castidad. Todo lo demás es esclavitud.

Así, el servicio de la castidad dimana, exclusivamente de la misión de cambiar la *economía* de esclavitud que altera el "orden" (*nomos*) del mundo, que es "casa" (*oikos*) de Dios. O sea: la castidad es nuestra propia consagración a anunciar la *economía* de la salvación, que equivale literalmente a administrar adecuadamente este mundo como la propia casa de Dios.

La familia cristiana -la familia natural o la unidad religiosa- está llamada a incorporar esta forma de economía que es el nuevo orden de las relaciones cósmicas y humanas, de modo que la casa de Dios -la Iglesia y el mundo- acepte gradualmente la nueva economía. Esta es la *razón de ser* de la castidad. Ni la lucha por un estado de perfección ni el ideal estoico de la apatía son motivos para ser castos. Por esto nos remitimos siempre a Jesús y su celo por la casa de Dios.

Jesús, nuestro único guía

Jesús fue laico y permaneció célibe, como su precursor. Señalemos algunas características de su personalidad. El estilo de vida suyo y el del Bautista diferían en el vestido, la comida y la conducta. El de Jesús coincidía con el del hombre de la calle. Él no era ni un estoico ni un superhombre, orondo cuando podía exhibir su dominio sobre las emociones. Era un hombre normal, tan sensible a los movimientos internos de su corazón como cualquier otro ser humano. Jesús no se avergonzaba de reconocer públicamente sus sentimientos y emociones. Tenía amigos especiales, hombres y mujeres. Su afecto por Lázaro fue comentado por todo el pueblo cuando se echó a llorar en casa del difunto (Jn 11,35-36). Se comportó como un hombre furioso cuando perdió su temple en el templo. Sudó sangre en Getsemaní. Sus emociones eran tan fuertes que repercutían en su cuerpo: lágrimas, sudor, sangre.

Le gustaba comer y beber. Se ganó reputación de "glotón y borracho" y de ir siempre en compañía de "publicanos y pecadores". De él aprendemos por primera vez el tipo de "sensualidad cristiana" que se asocia con Francisco de Asís: un gozo eucarístico de la creación de Dios. El estoicismo, Jesús ni lo practicó ni lo enseñó. ¡Nosotros lo hemos importado a nuestra práctica cristiana!

Fueron los puritanos los que le llamaron glotón y borracho. Su espiritualidad no tiene sentido para los mojigatos, sino para los "puros de corazón" que ven a Dios en todo y todo en Dios. Para éstos "bienaventurados", el mundo es el paraíso que Dios quiere que disfruten. Comprometidos con la misión de Cristo de convertir este mundo en un nuevo cielo y una nueva tierra -la verdadera casa de Dios- son capaces de saborear de antemano la redención. Este único objetivo es su castidad: la "pureza de corazón", que es una bienaventuranza.

El desasimiento que Jesús pedía a sus discípulos era un disfrute no consumista de la creación. La castidad, como el decidido entusiasmo por Dios y la participación de todo corazón en la misión de romper todo lazo alienador de la creación es el único modo de saborear a Dios en todo. La capacidad para gozar de los dones de Dios constituye el don de la castidad.

La castidad en la casa de Dios

Cabe preguntarse ahora si Jesús renunció al matrimonio por otro motivo distinto del estar libre para cumplir su misión. El matrimonio, institución humana, se ha de relativizar ante las demandas del Reino de Dios. Los casados que se le juntaron no fueron forzados a renunciar a la intimidad conyugal, sino sólo invitados a reordenarlo todo en términos del Reino del Amor. Dejar que otra cosa sirva como supremo valor en

la vida empañaría la pureza de la vocación cristiana. Sería impuro. Ni el padre ni la madre ni hermano o hermana ni marido ni mujer, y ni siquiera los hijos son absolutos. El Reino de Dios sí lo es. La primera en entrar en este nuevo orden de "oír la palabra y guardarla" fue su madre. Los pechos que lo amamantaron no tenían nada que decir sobre la Palabra que la alimentó desde el momento en que ella le dio la bienvenida en su cuerpo. Es bienaventurada porque atesoró en su corazón esa Palabra sobre su Hijo totalmente absorto en "lo de su Padre" (Le 2,48-49). Ella no tenía otro interés que el del Padre. Esa era su castidad.

La castidad es, pues, la consagración total a una única tarea: que por Jesús todo nuestro ser, nuestras alegrías y nuestras tristezas, nuestras preocupaciones y nuestras satisfacciones arranquen y culminen en el advenimiento de un nuevo orden de libertad y amor entre los hombres. Esta alianza de servicio por amor y de esclavitud voluntaria (*abd*) es una carga ligera y un yugo llevadero. La castidad, abrazada con entusiasmo y saboreada con la simplicidad del niño, es así de ligera y así de llevadera. ¡Ya no tiene la palidez del lirio, sino el apasionamiento de la rosa!

La castidad en la vida religiosa

Los tres votos son uno de tantos modos de expresar nuestra consagración bautismal. La obediencia es la adoración (*abd*) de "sólo Yahvé". La pobreza, libertad derivada de la obediencia, consiste en despojarse de las cargas impuestas por otros bienes. El amor y la fidelidad, marca distintiva de Yahvé, esperada de los interlocutores humanos de la alianza, es la castidad. La castidad es la donación gozosa y entusiasta de todo el corazón que caracteriza a la obediencia y a la pobreza. No es una cualidad separada o un voto.

Nos planteamos ahora una pregunta embarazosa que tendrá que ver con la crisis de vocaciones desde el Vaticano II: ¿este modo de entender los votos no hace superflua la vida religiosa? ¿por nuestra consagración bautismal no somos todos llamados a la "nueva realeza con Jesús", a ser su padre, su madre, su familia, sobre la base de "oír la palabra y guardarla"? ¿qué es, pues, lo singular de la vida religiosa? Sólo invirtiendo la pregunta podemos responder a ella: ¿podría la vida religiosa reclamar una legitimidad en los Evangelios sin probar que es un sacramento más bien que una caricatura de esta nueva familia de Jesús?

En las sectas cristianas débilmente organizadas vemos a las comunidades de bautizados como un todo intentando vivir su compromiso. Cuanto más organizada es una Iglesia, menos insiste en el compromiso radical de los bautizados. Las preocupaciones jurídicas y administrativas secan las fuentes de la renovación. Surge entonces "un grupo vicario". ¿No fue éste el *origen* de la vida religiosa en la Iglesia? Una "especialización" así por un grupo redundante en alienación gradual de parte de la comunidad total. La obediencia se convierte en *una sumisión ascética de la propia voluntad a un superior humano*. La pobreza se vacía de su sentido y se convierte en un eufemismo de una *propiedad corporativa de la riqueza*. La castidad degenera en una preocupación obsesiva por la propia sexualidad. ¿No ha sido ésta la historia de la vida religiosa en la Iglesia? Cuando las bienaventuranzas han dejado de tener sentido y la pureza de corazón resulta irrealizable, la compensación ha reintroducido varias formas de esclavitud de las que Jesús nos ha liberado: prácticas ascéticas, servilismo a leyes de pureza-impureza. La

lucha por la perfección se transforma en plegaria formal, etc. ¿No está ahí la ruina de la vida religiosa?

No se trata de un lecho de rosas

La visión alternativa de la castidad que propongo es tradicional y supone una vuelta al modelo original de comunidad cristiana, la nueva familia de Jesús, unidos todos por el espíritu de las bienaventuranzas. Pero me asalta un temor: este tipo de castidad creará su propia caricatura si se practica dejando de lado la espiritualidad de las bienaventuranzas como una utopía para hombres y mujeres atrapados en el círculo vicioso de acumulación-consumismo. Los lirios y las rosas no pueden crecer en el mismo suelo. Las comunidades alternativas que han nacido en los márgenes de la Iglesia institucional están redefiniendo la naturaleza de las comunidades de Jesús en categorías del todo nuevas. Si la legislación de la Iglesia no crea un hueco para poderles dar cabida, tendrán que sobrevivir en la periferia, pues regatear su reconocimiento dentro del marco legal actual significará también su eventual desaparición.

De hecho la llegada de un derecho canónico que lo invade todo parece haber eliminado el libre juego de la "ley particular" que fomentó en los dos siglos anteriores un crecimiento espontáneo de la vida religiosa.

La Iglesia no va a ser, pues, un lecho de rosas. La castidad soñada sólo puede florecer en un *ethos* de libertad que sólo nuestros votos de pobreza y obediencia pueden generar. La castidad no es sino el único objetivo en la práctica de la obediencia ("Yahvé solo") y la pobreza ("ningún otro Dios").

Hacia una Iglesia casta

Si la castidad se practica como una virtud o un voto *per se*, se produce una doble aberración: una obsesión carnal con una *pureza sexual* que va de la mano con una obsesión carnal con un *placer sexual*. Son dos caras del mismo monstruo. Son dos formas de idolatría y de esclavitud, de negación del amor. Es un angustioso aspecto de la crisis espiritual de nuestro tiempo.

La cristiandad de Asia tiende a viciar la vida marital, presbiteral y religiosa con un "ascetismo individualista". Mientras que la cristiandad americana se acomoda a un "individualismo liberal". En ambos casos, el cristianismo corre el riesgo de perder su gusto por la libertad de las bienaventuranzas y de convertirse en suelo fértil para el crecimiento de una *castidad narcisista* o un *hedonismo autoindulgente* que se burla de los imperativos del amor y del servicio. La restauración por parte de Lefébvre del encratismo o puritanismo y los recientes escándalos de abuso del sexo en altas instancias ilustran esta tesis. ¿Con qué compararíamos este cristianismo? Quizás con un terreno cenagoso en el que el lirio se propaga como una mala hierba y la rosa se pudre en su raíz. Pues el lirio de la pureza no puede crecer sino en el lodo de la autoindulgencia, el verdadero terreno en el que la rosa del amor y del servicio se descompone en lujuria y esclavitud. Sólo en un terreno donde los lirios se marchitan podrían crecer las rosas.

Tradujo y condensó: TEODORO DE BALLE